

EL ROSTRO DE LA MADRE MARIANA*

Jesús DIEZ RASTRILLA OAR

Valladolid

Mi última preocupación al preparar la edición de este libro, las *Obras completas* de la madre Mariana de San José, fue la de elegir una portada que le sirviera de presentación. En cierto modo, iba a ser como el rostro de la madre Mariana «al salir a vistas», que habría dicho ella.

Todavía sigo con el deseo de dar a conocer este rostro. El propósito parece fácil, si pensamos que el rostro manifiesta un conjunto de rasgos evidentes, con que nos perciben y reconocen los otros. Pero de fácil tiene muy poco; porque el rostro contiene siempre, en esos rasgos personales definidos, una serie de capacidades expresivas del misterio interior de cada uno, que se ofrecen con lenguajes distintos a las muchas formas de mirarlo. Hablo del rostro en un sentido amplio, a la manera completa de aparecer una persona ante los demás; y pretendo ofrecer ahora apenas unas pocas sugerencias de cada uno de sus aspectos, para no salirme del tiempo que parece deseable en este acto.

El rostro físico

Está en primer lugar *el rostro físico*, la apariencia general. No se puede esperar que la madre Mariana se detenga a darnos de él muchos detalles, pero sí hay algunos que pueden facilitar los rasgos de un boceto elemental. Así por ejemplo, nos dice que de niña, «entre otras cosas de naturaleza que decían eran buenas», tenía un pelo hermoso, que todos alababan y del que se preciaba harto; al entrar como pupila en el monasterio de Santa Cruz con ocho años, se lo hicieron cortar con un pretexto (2,6). Las manos dice que eran buenas, de que ella también se preciaba mucho (5,8), y que algunas veces le fueron motivo de tentación, por dejar que otros se las tomaran. Tenía pocas fuerzas, por ser más delicada que otras niñas y haber sido criada con regalo (2,22). En general manifiesta tener una

* Palabras del p. Jesús Diez en la presentación de las Obras Completas de la M. Mariana en Madrid, Monasterio de la Encarnación, el 14 de mayo de 2015.

apariencia atractiva. Por supuesto la tenía para su padre, «harto severo con sus hijos», pero que con ella «siempre estaba apacible» y la quería con ternura (1,17). Por ese atractivo suyo, siempre había personas que querían verla y tratarla; esto le supuso muchas veces engorro y problemas, con los que al fin necesitaba siempre romper. Por otra parte, ella no se consideraba en su juventud hermosa, aunque dice que «la mocedad suplía» esta falta que otras no tienen (5,8).

Desde su infancia padeció muchas enfermedades. Más adelante sus dolores fueron continuos e intensos, por causas naturales o por razones que escapaban a la ciencia de los médicos. Dormía solo una o dos horas al día. Pero un testimonio reconoce que «el natural de nuestra santa Madre» era muy robusto.

El rostro del alma

Se ha dicho del cuerpo que es *el rostro del alma*. También el alma tiene su rostro, que se asoma a los demás mediante los rasgos físicos, y no menos por las manifestaciones del carácter y la conducta. La madre Mariana dice que, desde sus primeros años, le atribuían más entendimiento del que suele haber en esa edad, y que tenía anchura de corazón y desapego de cosas pequeñas (1,8-9). De gran amor propio, natural brioso y amigo de que estimaran su habilidad y buenas prendas (4,2), se sentía «picada de honra» ante cualquier dificultad (2,19; 13,14). También sus compañeras juzgaban que tenía gran inteligencia (8, 18), «que hablaba bien, y con gracia y entendimiento» (10, 22). Poseía la suficiente entereza para no disculparse (2, 21), incluso de acusaciones injustas. Muy amiga de dar gusto y de hacer bien a todos (4,4.10; 11,15), capaz de despertar muy pronto amistad y confianza, era leal y discreta con sus amigas, nada chismosa; no era rencorosa sino fácil para el perdón (4,10), y dice que nunca en su vida quiso mal a quien mal la tratara, sino que procuraba corresponderle con un trato bueno sin que se notara (8,18).

En cambio no era dada a ningún sentimentalismo, conteniendo sus afectos dentro de los límites de la sobriedad: «de mi natural no soy yo cariñosa, ni puedo acomodarme a demostraciones que suelen tener mujeres» (20,28). Desde muy joven se manifiesta dotada de una fuerte voluntad, con gran capacidad de decisión en las ocasiones importantes. En los momentos de prueba le bastaba dirigir una mirada al Señor, acordándose de «cómo es de su gusto y se da por servido de que le ofrezcamos lo que más nos duele» (4,27). Tenía condición de líder y defendía con determinación lo que consideraba ante Dios verdadero y oportuno, incluso alguna vez con apasionamiento (9,18-20; 11,16-25). El poder de convicción que ejercía, unido a su oración, conseguía también que quienes tenían alguna actitud contra ella quedaran ganadas para su causa en cuanto les hablaba; «no me acuerdo de haber advertido cosa en capítulo que no la viese remediada» (12, 6-12).

Desde niña tuvo inclinación a cuidar de las enfermas con satisfacción de todas (4, 10), y esto lo siguió toda la vida.

El rostro ante los ojos de Dios

El verdadero rostro de una persona es el que tiene ante los ojos de Dios; cada uno es, entera y verazmente, tal como Dios lo ve; lo demás son retratos incompletos o interesadamente maquillados.

Como «capaz de Dios» describían al ser humano los antiguos. Y así, desde el principio de su *Autobiografía* reconoce la madre Mariana con cantos de gratitud la presencia y actuación de Dios que se manifestaba precozmente en ella. Dios la atraía con fuerza hacia sí y la tenía inquieta en todo lo que no era él mismo (1,9; 2,24); al entrar en el monasterio a los ocho años comenzó a cambiarle el corazón, dándole luz y fuerza para caminar en la nueva vida (2,4); «perdió el gusto de andar galana» (1,17), se fue «inclinando a todo lo que era religión» (2,13) y Dios le dio, tan tempranamente, continua memoria de sí y deseos de servirle con perfección (2,14-15).

A los doce años, con ocasión de la muerte de una monja, experimentó un sentimiento muy grande de confusión y temor ante la justicia de Dios por las faltas que se cometen contra él, temor que le duró más de doce años; con esta ocasión comenzó a hacer más penitencia y a tener más ratos de oración (3,16-17); la traía el Señor harto recogida y sin poder hartarse de estar sola (4,2).

Tenía el alma llena de deseos, y el Señor hacía que no entrara en ella otro cuidado que el de servirle (4,6). Tuvo que pasar, sin embargo, por momentos de sequedad, tentaciones, defectos y gran dificultad para tener oración: «nuestro Señor volvía a llamarme y llegarme a sí» (5,20). Estuvo indecisa sobre el estado que había de tomar, pero decidió pronto que era una vileza dar su voluntad a nadie, y que ningún hombre merecía las veras que ella ponía en querer bien (5,6): solo Dios podía llenar su capacidad de afecto.

Durante su noviciado comenzó a crecer en los deseos de servir a Dios; tenía las llaves de coros y dormitorio, por lo que su presencia en la iglesia se hizo discretamente frecuente. El Señor le fue haciendo grandes mercedes, le salía al encuentro y se le manifestaba de diversas formas; la más ordinaria era dejarle experimentar su presencia, y ella «andaba tan recogida que no podía asistir a otra cosa» (6,15), gozando después con el Señor «sola en el coro casi a todas las horas de la noche» (7,9).

Pasó por algunas etapas de gracias especiales. Tuvo «una manera de arrebatamiento» en unas vísperas de la Asunción, quedando su corazón con «nueva vida» (7,14). Poco después recibió «un modo de oración más superior», porque

antes hacía ella algo de su parte, pero desde entonces ya no podía nada: en poniéndose delante de Cristo lo hallaba a su lado, y este la levantaba a un agradecimiento y amor a la bondad de Dios que, «sin poder salir de allí, estaba algunas horas sin cansarme jamás» (8,5).

Cuenta después varias experiencias de participación en sus misterios, como la sangre de Cristo corriendo por la iglesia y bañándola a ella, o la extraordinaria admiración y arrebato en presencia del Santísimo que sintió un jueves y viernes santos (11,11). Siendo ya priora, vio una vez salir de la custodia muchos rayos de luz que se juntaban en una punta muy aguda, y esta le entraba en el corazón y se lo iba purificando por dentro, «labrándole con aquella punta aguda y fogosa»; crecieron sus ansias «de irme para este Señor», que tiraba de su corazón como «con un hilico muy delgado». Fue esto hacia el Corpus de 1602; después tuvo la misma experiencia otras veces, todas hacia el final de su cargo de priora (12,26-28).

Estas primeras vivencias de vida mística en Ciudad Rodrigo se desarrollan en el año que pasó en Éibar con gran variedad y riqueza: estados de purificación y desamparo; frecuentes hablas internas, tanto para instrucción suya como para el gobierno de las religiosas; manifestaciones de Cristo en diversas formas; participación en los grandes misterios —Trinidad, Encarnación, estado del alma en gracia...—; modos nuevos de presencia de Dios; desposorio espiritual y sensación posterior de que, al entrar en el coro, «los santos y ángeles me hacían reverencia por ser ya esposa del Cordero» (16,18); también se refiere «a los toques que suele dar el Señor de cuando en cuando al alma, con que parece la comunica algunos breves ratos de unión» (16,20). Y en ocasión en que, dice, «me parece sentí cómo son los arrobamientos», se tuvo que asir fuertemente a una reja del coro para no caer en tierra (15,15-16).

Esta transformación continuó toda su vida, y las *Cuentas de Conciencia* la detallan con muchos pormenores. A veces se sentía desaparecer en Dios, y eran grandes los efectos que tales hechos dejaban en ella: crecimiento en las virtudes, deseos de padecer y de «servir a Dios en cosas dificultosas», evidencia de su miseria personal. «Diome el Señor una gran luz de como soy la última de todas las criaturas en merecimiento, y así nunca he podido hallar lugar tan bajo que no sea muy más alto que yo merezco» (17, 19); pero «con el mucho [amor] que el Señor me mostraba, iba curando las flaquezas mías» (17, 21). «Algunas veces me decía su Majestad que mirase con la prisa que me llevaba: esto bien lo veía yo, por ser cosas tan grandes» (15, 19).

Siempre temió, por otra parte, la posibilidad de que los efectos de su nueva vida se manifestaran al exterior. Por ello pedía al Señor que no le «diese cosa que se pudiese echar de ver», pues bien podía favorecerla sin aquellas demostraciones; «páreceme —dice— que me lo concedió» (15, 16). Sus monjas, de ordinario, no las conocían, aunque la vida interior de la madre Mariana se transparentaba externamente, sobre todo en su rostro y en la actitud general de su figura y conducta. Por el fuego del corazón tenía aquella parte del pecho como quemada, al modo de

una erisipela; el gran calor que sentía era causa de que, aun en invierno, pudiera soportar muy poca ropa, ropa que también solía mostrar las señales de este fuego cercano. Con frecuencia se le hacía una llaga en el costado, y los paños que usaba para recoger el líquido que de allí manaba los debía cambiar muy a menudo. Magdalena de Cristo dice que llegó a encontrarla en la celda de esta manera:

«Echando de su rostro tales resplandores que me quedaba pasmada mirándola y con harto deseo de que entonces se le pudiera retratar, ya que no podía saber de lo que gozaba aquella más que dichosa alma: pues tal hermosura redundaba al cuerpo que puedo afirmar que, con ser ya la edad tanta y estar su reverencia tan acabada, en las ocasiones que así la vi quedaba su rostro como de edad de 20 ó 30 años y con una alegría bien particular»¹.

Al llegar su muerte, y junto al buen olor que llenó gran parte de la casa, son muchas las testigos que hablan de este aspecto juvenil de su rostro. Con él murió, y con razón se le podría aplicar este verso de Petrarca: «la muerte parecía hermosa sobre su bello rostro» (*morte bella pareo nel suo bel viso*)².

El rostro de los pintores

Alguna vez compara la madre Mariana a Dios con un pintor cuando se afana en hermosear a un alma «con admirables y nunca vistos primores», diciendo «entre sí muchas palabras de contento de que le va saliendo tan a gusto la pintura» y volviendo sobre cada detalle (*Cant 1,132.162*).

Con los pintores humanos no tuvo la madre Mariana, en general, mucha fortuna. No la retrató ninguno de los buenos maestros que había entonces en la corte. Lo hizo en cambio un pintor hoy desconocido, que llevó ante su cadáver el cardenal Agustín Spínola, arzobispo de Santiago, capellán mayor del monasterio. El pintor tomó unos apuntes de cara y manos la mañana de su muerte, y luego los trasladó a un lienzo, completando el resto del cuadro con una composición convencional de flores y velas, muy usada entonces.

Probablemente el mismo pintor hizo de ella dos retratos más, hoy perdidos: uno para ponerlo en el coro sobre la silla que había ocupado en vida, y el otro en su celda. Parece que se hicieron también otras copias, porque tres meses y medio después de su muerte se mandaba una a Valladolid³. Su amiga y colaboradora María

1 Testim. 9, 58.

2 *I trionfi della morte* I, v. 172.

3 Carta de Isabel de la Cruz a la priora de Valladolid: AARS, 31-8.

del Espíritu Santo, enferma con un cáncer de pecho muy avanzado, había pedido otra desde Carmona: «Mucho deseo que haya retratos de su reverencia y que se me envíe uno, que yo pagaré lo que costare». Y cercano todavía al tiempo de su muerte, el grabador flamenco Juan de Noort hizo un retrato suyo, para el libro sobre su vida que publicó Luis Muñoz.

Tradicionalmente se considera que representa a la madre Mariana la priora que, junto a san Agustín, da el velo en su profesión a la infanta Ana Margarita, hija de Felipe IV. El cuadro es de Antonio Pereda, pintado en 1650, doce años después de morir la madre Mariana. Y luego hay una serie de cuadros parecidos entre sí, cinco al menos, con la madre Mariana de medio cuerpo y algunos símbolos cerca: los más frecuentes la pluma y un libro, comúnmente de las *Constituciones*; otros son una corona de flores en la cabeza, una palma, una paloma por encima de ella o un grupo de palomas bañándose en una fuente. Varios de estos cuadros llevan el aviso de «sacado del retrato original». Este «original» se supone que es el que pintó en Valladolid Francisca de San José, monja dotada de excelentes cualidades, incluida la de pintora, que coincidió con la madre Mariana durante más de tres años en aquella casa. Y este es también el cuadro que tomó de modelo el grabador Bartolomé Maura y Montaner para ilustrar el *Compendio de la vida y virtudes de la madre Mariana de San José*, publicado por monseñor Toribio Minguella en el tercer centenario de La Encarnación (1916); con la misma imagen pintó Maura además un cuadro, que es el que preside este acto a nuestro lado.

Solo falta recordar los grabados que aparecen en *Esclarecido Solar* de Alonso Villerino (1690-1694) y en *Virorum illustrium... discalceatorum*, (Praga 1690), además de los cuadros de estos últimos tiempos: el de Giovanni Hajnal, que ha servido como portada al libro de las *Obras completas*, y el de Agustín Alegre Monferrer, que puede verse en la portería de este monasterio.

El rostro en su ideal de vida recoleta

Todos ustedes conocen la repetida frase de fray Luis de León al prologar las obras de Teresa de Jesús. Dice que él no la había conocido mientras estuvo en la tierra, pero que entonces la veía «en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros». En una situación algo parecida, en que yo estoy haciendo una cierta introducción para las *Obras* de la madre Mariana, me faltan por recordar finalmente estos dos «rostros» también suyos.

El que presentan «sus monjas» quiero resumirlo en el estilo de vida recoleta que deseó siempre la madre Mariana. Esta perspectiva conecta, además, con las consignas de revitalización que hoy trata de vivir nuestra orden.

Los deseos de ir a una recolección, dice ella, los tuvo «desde muy muchacha y de antes que tomase el hábito [...] Parece que la confianza de que el Señor me había de hacer esta merced siempre la tuve». Trató de estos deseos con un piadoso sacerdote para que se los comunicara a don Juan Pacheco de Alarcón, visitador de religiosas bernardas, entre ellas las de Ciudad Rodrigo (12,21); antes había tenido también la idea de ir a las carmelitas descalzas. Casi tres años después de su profesión, en las navidades de 1589, san Alonso de Orozco había fundado en Madrid el monasterio de la Visitación, primero de agustinas recoletas; la madre Mariana tuvo grandes deseos de ir allí y aun pidió licencia al padre provincial, pero desistió para atender a su hermana enferma (11,1). Y leyendo el relato de la fundación de Ávila por santa Teresa, entendió dos veces, misteriosamente, que también ella saldría de aquella casa para otras fundaciones semejantes (11,1-4).

La iniciativa del provincial Agustín Antolínez le permitió llevar a cabo estos antiguos deseos de ir a alguna casa de recolección. En Éibar, entre las frecuentes hablas internas que recibía, era ilustrada también para el gobierno de sus religiosas en el nuevo modo de vida recoleta. Y allí profesaron en esta recolección las cuatro monjas fundadoras, el 23 de mayo de 1604; ella dice de sí que «antes que saliese de Ciudad Rodrigo estaba determinada a hacer nueva profesión en este modo de vida».

Coincidió así con los deseos y movimientos de recolección o descalcez que por entonces bullían en las grandes órdenes. Tenían unos comunes deseos de interioridad, de más oración, pobreza y observancia, y de una vida comunitaria tal vez menos penitente, pero más unida y fraterna. La madre Mariana describe así en carta a Luisa de Carvajal el «modo de vida» de sus conventos: «es muy suave en el rigor y muy observante en el recogimiento, oración y abnegación de la propia voluntad, y lo que se procura es asentar un espíritu alegre y dilatado, con verdadera desnudez de todo» (*Ep* 23,7).

El rostro que reflejan sus obras

Encomiendo yo el encuentro con este rostro a la lectura directa de sus escritos, que favorece sin duda el libro que ahora presentamos. Con las limitaciones y defectos que pueda haber en su preparación, tiene el mérito principal de acercar a sus lectores el pensamiento y el corazón de la madre Mariana, por desgracia tanto tiempo alejados de nosotros. Para los que tienen escasa noticia de estos escritos, los recuerdo finalmente a continuación.

Las obras principales son las que le mandó escribir su confesor, don Jerónimo Pérez, para conocer su interioridad y los trabajos que había llevado a cabo hasta el momento de ponerse en relación con él. Por eso, estos escritos no tienen solo un valor literario o histórico, sino que contienen la verdad más sincera y per-

sonal de su autora, con la fidelidad de una obediencia humilde y el valor de una confesión religiosa. Estos escritos son:

La *Autobiografía*, que en su parte principal abarca los cuarenta primeros años de su vida, escrita en Valladolid (hacia 1609), a la que añadió en Madrid otra sección sobre la fundación de Palencia.

Las *Cuentas de Conciencia* son 49 exposiciones de su estado espiritual y de las gracias experimentadas por ella, escritas para sus confesores.

El *Comentario al Cantar de los Cantares* alcanzó más exactamente a los dos primeros capítulos del texto sagrado y describe el proceso de transformación de un alma en Dios.

Son importantes, después, las 226 *Cartas* conocidas de la madre Mariana, a las que se suman otras 41 dirigidas a ella por diversas personas.

Siguen dos libros impresos: las *Constituciones* (publicado en 1616), y los *Ejercicios espirituales y repartimiento de todas las horas* (en 1627).

El llamado *Testamento* contiene una serie de enseñanzas y últimos consejos, para que los leyera sus monjas después de su muerte.

Advertencias para reformatión de monjas son unas recomendaciones que le había pedido con este propósito un prelado, probablemente el nuncio Juan Bautista Pamphili, futuro papa Inocencio x.

Una serie de pensamientos, frases y apuntes, escritos generalmente en papeles mínimos, unas veces para anotar sus propias reflexiones, afectos o citas de sus lecturas y otras para aconsejar o animar a sus monjas. Componen esta parte varios títulos: *Consejos y máximas*, *Jaculatorias*, *Poesías*, *Oraciones y prácticas piadosas*, *Proyectos y apuntamientos personales* y *Anotaciones de varia procedencia*.

Y por último dos *Testimonios*, otorgados respectivamente para la beatificación de Luisa de Carvajal, que fue a Inglaterra con un voto de martirio, y del jesuita Luis de la Puente, que la confesó en los años de Valladolid.

—He intentado hasta aquí esbozar yo también un retrato de la madre Mariana, uniendo detalles parciales de otros retratos. Ya sé que el resultado quedará muy pobre, porque, como decía un verso medieval, «el que pinta una flor no pinta el olor de la flor» (*qui pingit florem non pingit floris odorem*)⁴. Pero ya les avisé de que la madre Mariana había tenido por lo común muy poca suerte con sus pintores. Muchas gracias.

Jesús DIEZ RASTRILLA

Valladolid

4 Canción «Suscipe flos florem», de los *Carmina Burana*.